

Alexander Nehamas

NIETZSCHE LA VIDA COMO LITERATURA

Introducción

Nietzsche desafía a sus lectores, inevitablemente, con dos juegos de paradojas. El primero se engloba en su escritura. Está inscrito en el contenido de su obra, y a él pertenecen, por ejemplo, la idea de la voluntad de poder, la del eterno retorno, la de la naturaleza del yo, y los presupuestos inmorales de la moralidad. Este juego de paradojas es una parte de lo que se trata de entender cuando se interpreta a Nietzsche. El segundo juego lo genera su escritura. Es un resultado de su obra, y cuestiona el intento mismo de entenderlo, de aventurar una interpretación de sus ideas, incluidas las del primer juego de paradojas. Este libro, que aspira a una interpretación de este tipo, quiere ser también, en la medida de lo posible, un ajuste de cuentas con ambos conjuntos de paradojas.

Tales paradojas no están desvinculadas las unas de las otras. Al contrario, cualquier idea de Nietzsche se encabalga sobre un juego y sobre el otro, como prueba de que la distinción entre los contenidos de su escritura y lo que genera su escritura es, como mucho, provisional. Se trata de la noción del perspectivismo, la conocida obsesión de Nietzsche por subrayar que cada idea es sólo una entre muchas interpretaciones posibles, incluidas sus propias ideas y, en particular, esta misma. Pero si la idea de que sólo hay interpretaciones no es en sí otra cosa que una interpretación, y por lo tanto posiblemente errónea, cabe deducir que, al cabo, no toda idea es una interpretación, y que la posición de Nietzsche se desactiva en sí misma.

El perspectivismo es un concepto concreto que Nietzsche defiende y analiza explícitamente en sus libros. La paradoja que representa es, por lo tanto, parte del contenido de su escritura y, en consecuencia, debe ser abordada siempre que se intente interpretar su pensamiento. Es decir, integra el objetivo perseguido al interpretar a Nietzsche. Sin embargo, el perspectivismo genera a su vez dos problemas que, por su parte, socavan aparentemente el intento mismo de elaborar tal interpretación. El perspectivismo, entonces, se convierte simultáneamente en algo que debe ser entendido y algo que da a entender que tal comprensión es acaso

imposible.

El primer problema es que Nietzsche, como ya he señalado, emite una serie de juicios que en apariencia sostiene con toda autoridad. ¿Entiende o no entiende entonces como verdaderas sus proposiciones, en muchos casos aparentemente paradójicas, sobre el yo interno, la moralidad o la historia? Si la respuesta es sí, ¿qué coherencia puede guardar esto con su idea de que todas las ideas son sólo interpretaciones? Si la respuesta es no -esto es, si no considera que sus ideas son ciertas-, ¿por qué se toma de entrada, la molestia de formularlas?

Enfrentados con este dilema, algunos autores optan por hacer hincapié en lo que consideran las ideas "positivas" de Nietzsche e ignorar su perspectivismo y sus aparentes implicaciones. Otros, por el contrario, centran su atención en el perspectivismo e ignoran estas ideas o las conciben negativamente, esto es, como simples intentos por socavar las ideas de otros. En cualquier caso, el perspectivismo presenta un serio desafío a los principios que guían hacia una interpretación que aspire a ser elaborada coherentemente y atribuir a Nietzsche un punto de vista coherente.

Pero existe una dificultad añadida, y tal vez más seria. Si cada idea es sólo una interpretación, y si, de acuerdo con el perspectivismo, no hay hechos independientes que permitan contrastar las interpretaciones, ¿qué objeto persiguen las múltiples interpretaciones que entendemos por interpretaciones *de* Nietzsche? ¿Cómo podremos siquiera saber si todos estos análisis, todos estos textos, son interpretaciones de la misma cosa? ¿Y qué relaciones mantienen entre sí? Si el perspectivismo está en lo cierto y, tal como parece sostener, cada interpretación genera sus propios hechos, podría parecer una tarea imposible determinar si una interpretación es o no es correcta. Y si no hay nada de lo cual sean interpretaciones todas estas exégesis, entonces la idea misma de interpretación, parece requerir al menos la existencia de algo que deba ser interpretado, empieza a investirse ella misma de sospechas. Finalmente, plantea un grave problema el propio estatuto de la escritura de Nietzsche, que a menudo consiste explícitamente en interpretaciones de fenómenos que, como la moralidad, se han dado por supuestos, según él, durante demasiado tiempo.

En cada uno de los siguientes capítulos se examina una de las paradójicas posturas defendidas por Nietzsche. En cada caso el título se basa en citas extraídas de los textos de Nietzsche. Cada capítulo es, por lo tanto, una interpretación de su título, y como tal aspira a constituir una instancia particular del tipo de interpretación que, como revelan todos los capítulos tomados en conjunto, es coherente con el perspectivismo de Nietzsche, y cuyo objetivo principal es hacer creíbles sus ideas. La cuestión de su veracidad queda para futuras interpretaciones.

Acepto el principio de Nietzsche: no hay hechos al margen de la interpretación y capaces, por tanto, de sustentar el objeto común del que todas las interpretaciones son interpretaciones. Acepto también

su idea de que no hay, en consecuencia, normas imparciales que determinen en cada caso cuál de nuestras interpretaciones es correcta y cuál es falsa. Pero pienso asimismo -como creo y arguyo que también piensa Nietzsche- que algunas interpretaciones son mejores que otras y que a veces nos es dado reconocerlo así. Este es uno de los dos temas esenciales para la interpretación de Nietzsche que presenta este volumen.

El segundo tema en torno del cual gira mi interpretación es lo que denominaré el esteticismo de Nietzsche. El esteticismo está vinculado al perspectivismo de dos maneras. En primer lugar, aporta al menos un componente a los motivos de su perspectivismo. Nietzsche, sostengo, entiende el mundo en general como si se tratase de una suerte de obra de arte; en concreto, lo concibe como si se tratase de un texto literario. Y muchas de sus conclusiones sobre el mundo y cuanto lo compone, incluidas sus nociones sobre los seres humanos, parten de extrapolar ideas y principios aplicables casi intuitivamente a la escena literaria, a la creación e interpretación de textos y personajes literarios. Muchas de sus muy extrañas ideas parecen significativamente más factibles bajo esta luz. El vínculo más obvio, por supuesto, viene dado por nuestra idea habitual de que los textos literarios admiten una interpretación igualmente válida por caminos radicalmente diferentes y profundamente incompatibles. Nietzsche, que es hasta quien puede rastrearse esta idea ya popular hoy en día, sostiene que este principio también es válido para el mundo en sí y para cuanto lo compone. Sobre esta idea, como veremos, se funda su perspectivismo, así como ciertos aspectos de su doctrina de la voluntad de poder, del eterno retorno, de la naturaleza del yo y de sus objeciones a la moralidad.

El esteticismo de Nietzsche está vinculado con el perspectivismo por otra vía. La trama filológica del mundo, que antes mencioné, no sólo proporciona un modelo literario para muchas de sus ideas; también lo impulsa a crear lo que podríamos llamar un producto literario. El pensamiento positivo de Nietzsche consiste no tanto en las ideas específicas de las que se ocupa cada uno de los capítulos posteriores (aunque ciertamente incluyen dichas ideas) como, y esto es más importante, en la presentación, o ejemplificación, de un carácter concreto, literariamente reconocible, que encarna estas ideas filosóficas mediante un modo de vida que es únicamente el suyo. El hecho de que este personaje sea único, de que no esté descrito a la manera tradicional, y de que sea engendrado de tal manera que no puede ser modelo de imitación directa, permite a Nietzsche, como veremos, perseverar en su perspectivismo sin verse obligado a articular posturas meramente negativas. De hecho, su singular acercamiento a estos problemas desacredita cualquier distinción fácil entre lo que constituye una idea positiva y una idea negativa. Por lo tanto, contribuye a justificar la relación esencialmente ambigua que Nietzsche mantuvo con la tradición filosófica.

Esta relación irresolublemente equívoca entre Nietzsche y la

filosofía constituye el tema abordado en el capítulo uno, que también analiza otras cuestiones sobre las que se volverá en el transcurso del libro. La ambigüedad de dicha relación se plasma perfectamente en la actitud de Nietzsche hacia Sócrates, que no es ni puramente positiva ni puramente negativa, sino irreductiblemente ambivalente. Nietzsche entiende que su proyecto es muy similar al de Sócrates y por lo tanto, o por lo tanto al menos para él, a los diversos proyectos que han caracterizado a la filosofía. Por eso entiende, a su vez, que su propio proyecto se expone a parecer, o de hecho a ser, un proyecto filosófico más en el sentido tradicional. Lo que crea el problema para Nietzsche es lo que él entiende como el dogmatismo de Sócrates, su empeño en presentar su punto de vista y sus valores no simplemente como suyos, adecuados para él y para quienes son como él, sino como valores y puntos de vista que deben ser aceptados por todos debido a su autoridad racional, objetiva e incondicional. A Nietzsche, el perspectivismo le impide presentar cualquiera de sus ideas, incluida la del perspectivismo, conforme a esta regla. Sin embargo, no es fácil entender que alguien defienda una postura, como a menudo es el caso de Nietzsche, y a la vez renuncie a sugerir que es -para utilizar el único término posible en este contexto- cierta.

¿Está atrapado Nietzsche, entonces, en el callejón sin salida de su propia creación? Planteo que el afán de Nietzsche por resolver este problema implica el empleo de una vasta, y hasta ahora en gran parte ignorada, diversidad de géneros y estilos literarios: su propósito en este sentido es que sus lectores no olviden nunca su presencia como autor individual de sus textos. No propongo que ésta sea la única razón por la que el estilo es tan importante en la escritura de Nietzsche, ni siquiera sostengo que mi idea pueda justificar el serio dilema de por qué Nietzsche adopta estilos determinados para obras determinadas. Ni siquiera examino su estilo con minuciosidad. Lo que defiendo es simplemente que sus variaciones estilísticas desempeñan un papel filosófico (o, visto desde su propia óptica, antifilosófico) crucial en su escritura.

En general, la primera parte, titulada "El mundo", analiza el modelo literario de Nietzsche, su concepción del mundo como texto, y los problemas metodológicos de la interpretación. El capítulo dos aborda explícitamente el perspectivismo, presenta su fundamento artístico y literario y examina algunas de las dificultades autorreferenciales que salen al paso de la idea de Nietzsche conforme a la cual todas las ideas son interpretaciones, e intenta demostrar hasta dónde es dado evitarlas. Este capítulo mantiene que el perspectivismo no implica dar la misma validez a cualquier interpretación. Ofrece a la vez, en su transcurso, una caracterización de aquellos a los que Nietzsche denomina "espíritus libres", los que comprenden que todo es de hecho interpretación y, sin embargo, no entienden que el ser conscientes de ello suponga un obstáculo a la generación de nuevas ideas y valores, sino que lo consideran un estímulo.

En el capítulo tres analizo esa faceta inherente a la idea nietzscheana de la voluntad de poder, que identifica cada objeto del mundo con la suma de sus efectos sobre todas las demás cosas y que concibe a su vez todo lo demás como la suma de más efectos de este tipo. Para dar cuenta de la dificultad a que se enfrenta esta idea cuando afirma que hay efectos sin cosas, propiedades sin sustancias y actividades sin agentes, apelo una vez más al modelo literario de Nietzsche y sostengo que los objetos literarios, en particular los personajes literarios, están constituidos como simples conjuntos de rasgos o efectos que no pertenecen a sujetos independientes. Además (y esto es válido tanto en el caso general como en el literario), los rasgos se agrupan siempre como aspectos de un sujeto particular desde un punto de vista determinado. Diferentes puntos de vista, derivados o expresión de intereses y valores diferentes, resultan en agrupaciones diferentes y, por lo tanto, en objetos diferentes. No hay una respuesta absoluta a la pregunta de qué agrupación es mejor (o qué agrupación refleja exactamente la naturaleza de las cosas en sí), porque no hay un trasfondo de valores que deba ser aceptado incondicionalmente por todos. Nietzsche cree que la interpretación revela la dependencia relativa de diversos puntos de vista y demuestra, por tanto, que aquello a menudo entendido como hechos es el resultado de valores e interpretaciones previos y olvidados. A la vez, nuestras propias interpretaciones de estos valores previos encarnan y transmiten los intereses y valores mediante los cuales tenemos más posibilidades de realizarnos.

Pero, si esto es así, ¿tiene alguna posibilidad de ser correcta la interpretación propia de Nietzsche, o la genealogía, o la moralidad, que expone a la luz las necesidades específicas y los valores presupuestos e intencionadamente oscurecidos por el cristianismo? ¿Acaso esta genealogía no manifiesta únicamente otro punto de vista parcial, arbitrario? ¿Con qué autoridad sostiene Nietzsche, como parece sostener, que el cristianismo ha de ser rechazado? La genealogía genera esta paradoja incluso cuando revela la paradoja que, según Nietzsche, constituye el propio cristianismo. Este problema es el tema del capítulo cuatro, donde se analiza la idea de Nietzsche de que el ascetismo radical predicado por el cristianismo guía a sus adeptos a aspirar a poco menos que a su propia aniquilación. Sin embargo, especula Nietzsche, en la medida en que el cristianismo ha conseguido persuadir a sus seguidores para que busquen su propio final autodestructivo, ha conseguido también preservarlos; por horrible y autodestructivo que sea este objetivo, sigue siendo un objetivo. Y un objetivo es precisamente lo que necesitaban, en la medida en que les faltaba, las personas por las que fue concebido en su origen el cristianismo: "una voluntad de nada, de aversión a la vida, una rebelión contra los presupuestos más esenciales de la vida [...] es y seguirá siendo una *voluntad*" (GM, III, 28).

¿Puede Nietzsche sostener que ha revelado los rasgos más

básicos y censurables del cristianismo, sin dar a entender al mismo tiempo que tanto sus revelaciones como sus acusaciones son correctas? Y si es así, ¿no infringe entonces su propio perspectivismo para caer en la tradición dogmática de la que desea sustraerse?

Éstas son las cuestiones que se examinan en la segunda parte, "El yo interno". En concreto, se plantea la pregunta de cómo puede Nietzsche presentar ideas propias si en verdad es correcta la imagen del mundo, del conocimiento, de la interpretación y de la filosofía que se le atribuye en la primera parte. En esta segunda parte, el otro aspecto de su esteticismo -el hecho de que su resultado, al igual que su modelo, es literario- cobra una importancia crucial.

El capítulo cinco analiza el eterno retorno, que, en mi opinión, tiene poco si no nada que ver con la naturaleza del universo, tal como muchos piensan. Sostengo que Nietzsche no considera que la historia del mundo se repita en un ciclo eterno, o incluso que esto sea factible. Más bien cree que el mundo, y cuanto lo compone, es de tal índole que si algo volviese a ocurrir (aunque de hecho eso es imposible) todo lo demás también tendría que volver a ocurrir. Y es así porque Nietzsche acepta la idea de que los vínculos que constituyen al mundo en su totalidad, y en particular los vínculos que constituyen a cada persona a partir de sus experiencias y actos, son absolutamente esenciales para esa persona. Todo cuanto uno hace es igualmente crucial para lo que uno es. Así pues, si en algún momento se nos diera una segunda vida, necesariamente tendría que ser idéntica a la vida que ya hemos vivido; de no ser así, no habría, para empezar, ni siquiera razones para considerarla *nuestra* vida. El eterno retorno no es por lo tanto una teoría del universo, sino una visión de la vida ideal. Sostiene que una vida se justifica únicamente si uno desea repetir la misma vida que ya le ha sido dada, ya que, como demuestra la voluntad de poder, ninguna otra vida es posible. El eterno retorno afirma, pues, que nuestra vida sólo tendrá justificación si se modela de tal forma que nuestro deseo sea repetirla exactamente tal como ya ha sucedido.

Esta idea, que una vez más apela al modelo literario de Nietzsche, introduce otras dos dimensiones en su pensamiento. La primera es la de su inmoralismo. A partir de cuanto he afirmado, yo podría estar perfectamente dispuesto a volver a vivir mi vida, a no admitir que fuese diferente en ningún término, satisfaciendo así el concepto de la vida ideal, y no obstante ser, a la vez, profundamente repulsivo desde el punto de vista moral. Nada de cuanto escribe Nietzsche excluye tal consecuencia como resultado de su idea. La segunda dimensión, vinculada a su idea de que la vida es algo que ha de ser modelado, no es otra que el acento con que Nietzsche recalca el proceso de llegar a ser lo que se es. Éste es el tema del capítulo seis.

El yo, según Nietzsche, no es una entidad constante, estable. Al contrario, es algo que uno llega a ser, algo, valdría decir, que uno construye. Una persona está constituida absolutamente por todo lo

que piensa, desea o hace. Pero una persona digna de admiración, una persona que tiene (o es) un yo, es una persona cuyos pensamientos, deseos y actos no son azarosos sino que están conectados entre sí mediante la fibra íntima que revela en cada caso la presencia de un estilo. Un yo interno es meramente un conjunto de episodios relacionados coherentemente, y un yo admirable, como insiste Nietzsche una y otra vez, consiste en un gran número de tendencias poderosas y contrarias que se hallan sometidas a control, armonizadas. La coherencia, por supuesto, puede ser fruto de la debilidad, la mediocridad o la unidimensionalidad. Pero el estilo, que es lo que Nietzsche reclama y admira, implica una multiplicidad controlada y una resolución del conflicto. Sin embargo, no parece que uno de sus requisitos sea lo que generalmente entendemos por carácter moral.

¿Cómo son las personas ideales de Nietzsche? ¿De qué modo podemos ser como ellas? Tales dilemas, y su vínculo con el immoralismo de Nietzsche, se analizan en el capítulo siete. Propongo una versión para la fórmula de Nietzsche *Más allá del bien y del mal* en la que las cualidades que consideramos morales e inmorales están, como todo cuanto existe en el mundo, esencialmente imbricadas. Su carácter y su valor son, una vez más, cuestión de perspectiva. Y sostengo que cualquier intento por atribuir a Nietzsche una articulación positiva de la conducta humana, consistente acaso en una descripción genérica de la vida buena o en un conjunto de principios para llegar a ser el tipo de persona que él admira, está condenado al fracaso.

La razón es que Nietzsche no piensa que exista este tipo de vida o este tipo de persona. Esto es, no cree que exista un único tipo adecuado de vida o de persona. Piensa, como veremos, que las personas admirables son lo que él denomina "individuos". Pero la misma noción de individuo se niega a ser expresada en términos informativos. Dar pautas generales para llegar a ser un individuo es, seguramente, tan inconsistente como ofrecer ideas generales cuando se piensa que las ideas generales no son más que simples interpretaciones. Y esto, por supuesto, aporta una razón más para explicar por qué Nietzsche carece de algo parecido a una idea moral positiva en el sentido tradicional. Nietzsche solventa este doble problema negándose a ofrecer una descripción de qué sería una persona ideal o una vida ideal. No debemos suponer que el eterno retorno constituya dicha descripción: muchos tipos de vida son perfectamente compatibles con la satisfacción de sus condiciones generales.

En lugar de esto, Nietzsche ejemplifica mediante sus propios escritos una vía por la que un individuo puede llegar a modelarse a sí mismo -un individuo, además, que, aunque está más allá de la moralidad, no es moralmente objetable-. Este individuo no es sino el propio Nietzsche, que es una criatura de sus propios textos. Este personaje no proporciona un modelo a imitar, pues consiste esencialmente en las acciones específicas -esto es, los escritos

específicos- que lo constituyen, y que sólo él podría escribir. Imitarlo directamente produciría una caricatura, o en el mejor de los casos una copia -algo que, en cualquier caso, no es un individuo-. Imitarlo adecuadamente resultaría en una creación que, valiéndose de todo cuanto propiamente pertenece a uno, sería también perfectamente de uno mismo -algo que ya no sería una imitación-. El afán de Nietzsche por crear una obra de arte a partir de sí mismo, un personaje literario que a la vez es un filósofo, es también su afán por ofrecer una idea positiva sin caer en la tradición dogmática de la que tanto desconfió y a la que nunca tuvo la certeza de haberse sustraído. Su esteticismo es, por tanto, la otra cara de su perspectivismo. Tal es el argumento central de la interpretación que se expone en este libro.

Esta interpretación se refiere principalmente a los textos que Nietzsche escribió a lo largo de la penúltima década del siglo XIX, desde *Así hablaba Zaratustra* (1883-1885), pasando por *Más allá del bien y del mal* (1886), el quinto libro de *La gaya ciencia* (1887), *La genealogía de la moral* (1887), *El caso Wagner* (1888), *El crepúsculo de los ídolos* (1888) y *El Anticristo* (1888) hasta llegar a *Ecce Homo* (1888) y las notas recogidas póstumamente bajo el título *La voluntad de poder* (1883-1888).

Cito y analizo fragmentos de las obras tempranas de Nietzsche, importantes todas en sí mismas. Pero estas obras no son objeto de mi preocupación principal. Entiendo que mi manera de proceder deja sin respuesta numerosas preguntas a propósito de la evolución de Nietzsche, dado que podrían escribirse libros enteros no sólo sobre estas cuestiones, sino también sobre las ideas que Nietzsche expresó en sus obras. Como réplica, sólo puedo decir que también podrían escribirse libros enteros, diferentes del mío, a propósito de los mismos textos en los que he elegido centrar mi atención.

Quizá sea preciso justificar de algún modo mi recurso constante a *La voluntad de poder*. Soy consciente de que estas notas en modo alguno constituyen una "obra" en sentido tradicional: la idea de publicarlas, e incluso su misma disposición, que ha impuesto necesariamente ciertas interpretaciones iniciales de su significado (aunque, a mi manera de ver, no factibles), fue de Elizabeth Förster Nietzsche, con posterioridad a la muerte de su hermano. Pero este conjunto se ha convertido, para bien o para mal, en parte íntegra de la obra literaria y filosófica de Nietzsche, y ha contribuido a enmarcar las reacciones que su lectura ha suscitado durante los últimos ocho años. Se ha dicho a menudo que la influencia de su hermana ha sido perniciosa y que muchas ideas no hubiesen sido atribuidas a Nietzsche si se le hubiese dado a su obra publicada la prioridad que por derecho le corresponde. No estoy seguro de que, en realidad, la situación sea tan simple. Ciertamente, algunas ideas fueron atribuidas a Nietzsche por el mero influjo de sus notas. Pero a veces, como en el caso de la versión cosmológica de la voluntad de poder, intervino en ello más una lectura insatisfactoria de una serie de notas que la "naturaleza" misma de dichas notas. Con todo, estos errores

de lectura aportan pocas pruebas por lo que se refiere al estatuto y la importancia de las notas de Nietzsche. El antisemitismo, por ejemplo, le fue atribuido a Nietzsche durante muchos años con base en sus textos publicados, pero también en una mala interpretación. Otros expertos encuentran en las notas ideas que resultan incoherentes con varias de las que sí fueron publicadas en vida de Nietzsche. A veces esto es así. Pero una vez más, resulta irrelevante por lo que a su importancia se refiere. En cualquier caso, las notas que constituyen *La voluntad de poder*, junto con el restante material póstumo y no publicado de Nietzsche, apenas guarda con el conjunto de obras publicadas la relación que estas mismas guardan entre sí: hay tantas incoherencias dentro del último grupo como dentro del primero; y hay tantas, o tan pocas, como cabría razonablemente esperar de un autor que, en tan poco tiempo, escribió tanto como Nietzsche.

Lo cierto es que no puede darse una respuesta única al problema de la importancia. Nietzsche es un autor, una figura pública, y todos sus escritos son relevantes para su interpretación. La importancia que concedamos a cualquier parte de su obra no puede depender de principios generales sobre qué es esencialmente principal y qué necesariamente derivado. La importancia de cada texto depende de la aportación específica de ese texto a nuestra construcción de un todo coherente y comprensible. Debe ser determinada independientemente en cada caso particular. Este principio (si el término es apropiado) hubiese sido perfectamente aceptable para el autor que este libro aspira a articular. Y a la objeción aparentemente simple de que dicho principio depende de los conceptos de coherencia y de los valores relativos a la comprensión que no pueden justificarse objetivamente, este autor respondería que, en realidad, esa en modo alguno es una objeción.